

EL CVENTO AZUL

40
cts.



V. BLASCO IBAÑEZ

La condenada

CUENTOS VALENCIANOS

Ayuntamiento de Madrid

Lea V

LOS JUEVES

Los novelistas

30 CTS

LOS SÁBADOS

EL TEATRO

50 CTS.

AVENTURAS

50 CTS.

LOS DOMINGOS

El Sheriff

30 CTS.

Pida folleto explicativo de
suscripciones con regalo

Solicite catálogos »

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

EL CUENTO AZUL

LA CONDENADA Y OTROS CUENTOS

POR

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Ilustraciones de
HELGUERA

5

PRENSA MODERNA

A. Aguilera, 58

Madrid

Apartado 8.012



En el próximo número:

Unida a la muerte

POR

Gustavo Adolfo Bécquer

La condenada



Catorce meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

por mundo aquellas cuatro paredes, de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y desconchaduras se sabía de memoria; su sol era el alto ventanillo cruzado por hierros que cortaban la azul mancha del cielo; y del suelo de ocho pasos apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla, incrustándosele en el tobillo, había llegado casi a amalgamarse con su carne.

Estaba condenado a muerte, y mientras en Madrid hojeaban por última vez los papelotes de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver en aquel ataúd de argamasa, deseando como un mal momentáneo que pondría fin a otros mayores, que llegase pronto la hora en que le apretaran el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la limpieza: aquel suelo barrido todos los días y bien fregado, para que la humedad, filtrándose a través del petate, se le metie-

ra en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba tener ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la suciedad le quitaban al preso. Soledad completa. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como buenas compañeras; si en los rincones hubiera encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día—¡cómo lo recordaba Rafael!—un gorrión se asomó a la reja, cual chiquillo travieso. El bohemio de la luz y del espacio piaba, como expresando la extrañeza que le producía ver allá abajo aquel pobre ser, amarillento y flaco, estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados a las sienes y un harapo de manta ceñido a los riñones. Debió asustarle aquella cara angulosa y pálida, con una blancura de papel mascado; le causó miedo la extraña vestidura de pielroja y huyó, sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquéllos, al menos, veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire a través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quién hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus graduaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba a los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban a los de fuera, a los que gozaban libertad; y los que a aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionan-

do ¡quién sabe cuántas cosas!... ¡Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando con monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba a trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? ¡A ver, mucho silencio! Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos, molestado por la luz reglamentaria, a la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estrafularia idea de que, durante el sueño, sus enemigos, aquellos que querían matarle, y a los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaban con crueles pinchazos.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza admirándole con entusiasmo: "¡Qué bruto es Rafael!" La mejor chica del pueblo se decidía a ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del Ayuntamiento le halagaban dándole escopeta de guarda rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba

sin obstáculos en todo el término; tenía a "los otros", los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón que acababa de llegar también de presidio y lo colocaron frente a Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja a aquel individuo que le quitaba el pan. Y como consecuencia inevitable, vino la espera al acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que no chillase ni patalease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros; el juicio, en el cual todos los que antes le temían se vengaban de los miedos que habían pasado declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte, que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romances, había escuchado siempre con entusiasmo, y se reconocía con tanto redaño como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y lloriqueaba, no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobas e higos que en la cárcel llamaban café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que ya iban transcurridos catorce meses, y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría a pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes: en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes, como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Que si era buen cristiano? Sí, padre. Respetaba a los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir: todos los suyos habían ido al monte a defender al rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas.

Después el cura le habló de Jesús, que, con ser Hijo de Dios, se había visto en situación semejante a la suya, y esta comparación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte; pero a gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer con la niña que había nacido estando él preso rondaba la

cárcel pidiendo verle, no dudó ya. Cuando aquélla dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto, y se agarró con furia a esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba a aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una *firmica*.

Y a todos los enterradores oficiales que por curiosidad le visitaban, abogados, curas y periodistas, les preguntaba, tembloroso y suplicante, como si ellos pudieran salvarle:

—¿Qué les parece? ¿Echará la *firmica*?

Al día siguiente le llevarían a su pueblo, atado y custodiado, como una res brava que va al matadero. Ya estaba allá el verdugo con sus trastos. Y aguardando el momento de salida para verle, se pasaba las horas a la puerta de la cárcel la mujer, una mocetona morena, de labios gruesos y cejas unidas, que al mover la hueca faldamenta de zagalejos superpuestos esparcía un punzante olor de establo.

Estaba como asombrada de estar allí; en su mirada boba leíase más estupefacción que dolor, y únicamente al fijarse en la criatura agarrada a su enorme pecho derramaba algunas lágrimas.

¡Señor! ¡Qué vergüenza para la familia! Ya sabía ella que aquel hombre terminaría así. ¡Ojalá no hubiese nacido la niña!

El cura de la cárcel intentaba consolarla. Resignación: aún podía encontrar, después de viuda, un hombre que la hiciese más feliz. Esto parecía enardecerla, y hasta llegó a hablar de su primer novio, un buen chico que se retiró por miedo a Rafael, y que



El alto ventanillo cruzado por hierros.

ahora se acercaba a ella en el pueblo y en los campos como si quisiera decirle algo.

—No; hombres no faltan—decía tranquilamente con un conato de sonrisa—. Pero soy muy cristiana; y si cojo otro hombre, quiero que sea como Dios manda.

Y al notar la mirada de asombro del cura y de los empleados de la puerta, volvió a la realidad, reanunciando su difícil lloro.

Al anochecer llegó la noticia. Sí que había *firmica*. Aquella señora que Rafael se imaginaba allá en Madrid con todos los esplendores y adornos que el Padre Eterno tiene en los altares, vencida por telegramas y súplicas, prolongaba la vida del sentenciado.

El indulto produjo en la cárcel un estrépito de mil demonios, como si cada uno de los presos hubiera recibido la orden de libertad.

—Alégrate, mujer—decía en el rastrillo el cura a la mujer del indultado—. Ya no matan a tu marido: no serás viuda.

La muchacha permaneció silenciosa, como si luchara con ideas que se desarrollaban en su cerebro con torpe lentitud.

—Bueno—dijo al fin tranquilamente—. ¿Y cuándo saldrá?

—¡Salir!... ¿Estás loca? Nunca. Ya puede darse por satisfecho con salvar la vida. Irá a Africa, y como es joven y fuerte, aún puede ser que viva veinte años.

Por primera vez lloró la mujer con toda su alma; pero su llanto no era de tristeza, era de desesperación, de rabia.

—Vamos, mujer—decía el cura, irritado—. Eso es tentar a Dios. Le han salvado la vida, ¿lo entiendes? Ya no está condenado a muerte... ¿Y aún te quejas?

Cortó su llanto de mocetona. Sus ojos brillaron con expresión de odio.

—Bueno: que no lo maten... me alegro. El se salva; pero ¿yo, qué?...

Y tras larga pausa, añadió entre gemidos que estremecían su carne morena, ardorosa y de brutal perfume:

—Aquí la condenada soy yo.

L

T

bre
y
rre
qu
ho
ce
de
po

tra
ña
pi
m
ro
so
ro

m

La cencerrada

I



Todos los vecinos de Benimuslín acogieron con extrañeza la noticia.

Se casaba el tío Sento, uno de los prohombres del pueblo, el primer contribuyente del distrito, y la novia era Marieta, guapa chica, hija de un carretero, que no aportaba al matrimonio otros bienes que aquella cara morena, con su sonrisa de graciosos hoyuelos y los ojazos negros, que parecían adormecerse tras las largas pestañas entre los dos rodetes de apretado y brillante cabello que, adornados con pobres horquillas, cubrían sus sienes.

Por más de una semana esta noticia conmovió al tranquilo pueblecito que entre una inmensidad de viñas y olivares alzaba sus negruzcos tejados, sus tapias de blancura deslumbrante, el campanario con su montera de verdes tejas, y aquella torre cuadrada y roja, recuerdo de los moros, que destacaba soberbia sobre el intenso azul del cielo su corona de almenas rotas o desmoronadas como una encía vieja.

El egoísmo rural no salía de su asombro. Muy enamorado debía estar el tío Sento para casarse, violan-

do tan escandalosamente las costumbres tradicionales. ¿Cuándo se había visto a un hombre que era dueño de la cuarta parte del término, con más de cien botas en la bodega y cinco mulas en la cuadra, casarse con una chica que de pequeña robaba fruta o ayudaba en las faenas de las casas ricas para que la diesen de comer?

Todos decían lo mismo. ¡Ah, si levantase la cabeza la *siñá* Tomasa, la primera mujer del tío Sènto, y viese que su caserón de la calle Mayor, sus campos y su *estudi*, con aquella cama monumental de que tan orgullosa estaba, iban a ser para la mocosuela que en otros tiempos la pedía una rebanada de pan!

Aquel hombre debía estar loco. No había más que ver el aire de adoración con que contemplaba a Marieta, la sonrisa boba con que acogía todas sus palabras y las actitudes de chaval con que se mostraba a los cincuenta y seis años bien cumplidos. Y las que más protestaban contra aquel hecho inaudito eran las chicas de las familias acomodadas, que, siguiendo las egoístas tradiciones, no hubieran tenido inconveniente en entregar su morena mano a aquel gallo viejo, que se apretaba la exuberante panza con la faja de seda negra y mostraba sus ojillos pardos y duros bajo el sombrero de unas cejas salientes y enormes que, según expresión de sus enemigos, tenían más de media arroba de pelo.

La gente estaba conforme en que el tío Sènto había perdido la razón. Cuanto poseía antes de casarse y todo lo que había heredado de la *siñá* Tomasa iba a ser de Marieta, de aquella mosca muerta, que había conseguido torbarle de tal modo, que hasta las devotas, a la puerta de la iglesia, murmuraban si la chica

tendría hecho pacto con el Malo y habría dado al viejo "polvos seguidores".

El domingo en que se leyó la primera amonestación el escándalo fué grande. Después de la misa mayor, había que oír a los parientes de la *siñá* Tomasa. Aquello era un robo, sí, señor; la difunta se lo había dejado todo a su marido, creyendo que no la olvidaría jamás, y ahora, el muy ladrón, a pesar de sus años, buscaba un bocado tierno y le regalaba lo de la otra. No había justicia en la tierra si aquello se consentía. ¡Pero vaya usted a reclamar en estos tiempos! Bien decía don Vicente, el *siñor retor*, que ahora todo está perdido. Debía mandar don Carlos, que es el único que persigue a los pillos.

Así vociferaban en los corrillos de la plaza los que se creían perjudicados por el futuro matrimonio, ayudándoles en la murmuración casi todos los vecinos de Benimuslín.

El caso era que tal casamiento no acabaría bien. Aquel vejestorio atacado de rabia amorosa estaba destinado a llorar su calaverada. ¡Pequeños iban a ser los adornos!...

Todo el pueblo sabía que Marieta tenía un novio, Tòni el *Desgarra*, un vago que había pasado la niñez con ella correteando por las viñas, y que ahora, al ser mayor, la quería con buen fin, esperando para casarse que le entrasen ganas de trabajar y perder la costumbre de beberse en la taberna los cuatro terrones de su herencia en compañía de su amigo el dulzainero *Dimòni*, otro perdido que venía a buscarle del inmediato pueblo para tomar juntos famosas borracheras, que dormían en los pajaes.

Los parientes de la *siñá* Tomasa miraban ahora con

simpatía al *Desgarrat*. Este se encargaría de vengá-les.

Y los mismos que antes le despreciaban, los ricos que volvían la cara al encontrarle, buscábanle en la taberna el día de la primera amonestación, plantándose ante el muchachote, que estaba sentado en un taburete de cuerda con la vistosa manta sobre las rodillas, la colilla pegada al labio y la mirada fija en el porrón, que, herido por un rayo de sol, reflejaba inquieta mancha roja sobre el cinc de la mesilla.

—*Che, Desgarrat*—le decían con sorna—, *Marieta se casa*.

Pero el *Desgarrat* acogía esta burla levantando los hombros. Aquello aún había de verse. Hasta el fin nadie es dichoso, y él... ¡*recordóns!* ya sabían todos que era muy hombre para vérselas con el tío Sènto, que también la echaba de terne.

Así era, y por lo mismo, todos esperaban un choque ruidoso.

Allí iba a pasar algo.

Al tío Sènto—según su propia afirmación—nadie le ganaba a bruto. Levantaba mucho peso en las elecciones, tenía grandes amigos en Valencia, había sido alcalde varias veces, y estaba acostumbrado a enarbolar en medio de la plaza el grueso *gayato* de Liria para sacudirle dos palos con la mayor impunidad al primero que le incomodaba.

II

Llegó el momento de las cartas dotalas. El tío Sento no hacía las cosas a medias, y además, buena era Marieta y su familia para despreciar la ocasión.

En trescientas onzas la dotaba el novio, sin contar la ropá y las alhajas pertenecientes a su primera mujer.

La casa de Marieta, aquella casucha de las afueras, sin más adorno que el carro a la puerta y dos o tres caballerías flacas en el establo, fué visitada por todas las chicas del pueblo.

Aquello era un jubileo. Todas formando grupo, cogidas de la cintura o de las manos, pasaban ante el largo tablado cubierto por blancas colchas, sobre el cual los regalos y la ropa de la novia ostentábanse con tal magnificencia, que arrancaban exclamaciones de asombro.

¡Reina y Santísima! ¡Qué cosas tan preciosas!

La ropa blanca clasificada por tamaños, apilada en altas columnas que casi llegaban al techo, cuidadosamente doblada, algo morena, como tejido fuerte, pero con un olor a limpieza y lejía que daba gloria; todo a docenas de docenas, desde las camisas hasta los trapos de cocina, con iniciales de colores chillones y guarnecidas con profusión de randas las ropas de uso interior; los vestidos de seda, gruesos y crujientes, con vivos reflejos metálicos; las faldas de rameado

percal mostrando una fresca florescencia de primavera; las mantillas con sus sutiles y complicados arabescos; los corsés blancos y negros pespuntados de rojo, delatando con impudencia en sus rígidos contornos el cuerpo de la novia; y encerrados en sus marcos de cartón, los pañolones de Manila, con aves fantásticas volando en un cielo de seda blanca, y grupos de chinos, unos bigotudos y fieros, otros pelones y bobos, admirando con sus caritas de porcelana a las sencillas muchachas que soñaban despiertas en aquellos misteriosos países donde los hombres gastan faldas y tienen ojitos de cerdo. Después venían los regalos de los amigos, en su mayoría pilillas de agua bendita para la alcoba, con sus ángeles de porcelana; cajas con cuchillos y cubiertos de plata, y dos grandes candelabros que descollaban majestuosamente. Eran el regalo del marqués, del cacique de la comarca, el hombre más eminente de España, según el tío Sento, el cual, siempre que se trataba de sacarle por el distrito, estaba tan dispuesto a empuñar el garrote como a echarse la escopeta a la cara.

Y como digno final de aquella exposición, en lugar preferente ostentábanse las joyas chispeantes sobre la almohadilla granate de los estuches: las uvas de perlas para las orejas, los alfileres de pecho con sus complicados colgajos, las grandes horquillas de oro para los "caracoles" de las sienes, las tres agujas con cabezas de apretadas perlas que habían de atravesar el airoso rodete, y aquel aderezo, famoso en Benimuslín, que la *siñá* Tomasa había comprado en catorce onzas en la calle de las Platerías.

¡Vaya una suerte la de Marieta! Ella se hacía la modesta, enrojeciendo cada vez que ponderaban su

futura felicidad; pero había que ver los lagrimones de la madre, una mujercilla flaca, arrugada e insignificante, y la emoción del carretero, que iba como un criado tras su futuro yerno, guardándole todas las consideraciones debidas a un ser superior.

Por la noche fué la lectura de las cartas. Llegó don Julián el notario en su vieja tartana acompañado de su acólito, un infeliz de cara hambrienta, con el tintero de cuerno asomado a un bolsillo y el papel sellado bajo el brazo.

Don Julián fué entrado casi en triunfo en la cocina, donde ya estaba preparada una mesilla para el escribiente con velón de cuatro brazos.

¡Qué hombre tan sabio aquél! Leía las escrituras en valenciano e intercalaba en el árido texto chistes de su cosecha... Vamos, que no había palurdo que pudiera estar serio en presencia de aquel señor siempre grave; que tenía cierto aire eclesiástico con su largo paletó negro semejante a una sotana, el rostro carrilludo y frescote cuidadosamente afeitado, y las recias gafas montadas en la frente, lo que era para los vecinos de Benimuslín un capricho inexplicable, propio de los grandes talentos.

Comenzó el notario a dictar en voz baja; garrapateaba el escribiente en los pliegos de papel sellado, y mientras tanto, iban llegando los amigos de casa con el cura y el alcalde, y desaparecían del largo tablado los regalos de boda para dejar sitio a los macizos bizcochos espolvoreados de azúcar, los platos de "amargo" y las tortas "finas", secas como cartón, a más de una docena de botellas de rosa y marrasquino.

Tosió varias veces don Julián, púsose en pie, tirando de las solapas de su paletó, y todos quedaron en

silencio, mientras él agarraba los pliegos escritos, con la tinta todavía fresca, y comenzaba a leer en valenciano.

¡Qué hombre tan chistoso! Al nombrar al novio hizo una mueca grotesca, y el tío Sènto fué el primero en celebrarlo con una ruidosa carcajada; al mentar a la novia saludó a Marieta con una reverencia de baile, y volvió a repetirse la risa; pero cuando llegaron las condiciones del contrato todos se pusieron graves; un viento de egoísmo y de avaricia parecía soplar en aquella cocina, y hasta la novia levantaba la cabeza con los ojos brillantes y las alillas de la nariz dilatadas por la emoción al oír hablar de onzas, de la viña de la Ermita y del olivar del Camino Hondo: todo lo que iba a ser suyo. El tío Sènto era el único que sonreía, satisfecho de que tan honorable concurso apreciara hasta dónde llegaba su generosidad.

Así se hacían las cosas. Los padres de Marieta lloraban y las vecinas movían la cabeza con expresión de asentimiento. A un hombre así se le podía entregar una hija sin remordimiento alguno.

Cuando el papelote quedó firmado, comenzaron a circular los dulces y las copas. El notario lucía su ingenio, mientras el famélico escribiente se atracaba en representación propia y de su principal.

Aquel don Julián era el encanto de su rudo auditorio. Ya verían de lo que era capaz el día de la boda. Don Vicente el cura y él se habían de emborrachar, brindando por la felicidad de los novios: palabra de honor.

A las once terminó la fiesta de las cartas. El cura acababa de retirarse, escandalizado de estar en pie a aquellas horas teniendo que decir la misa primera;

el alcalde le había acompañado, y salió por fin el tío Sento con el notario y el escribiente, los que llevaba a dormir a su casa.

Las calles estaban a oscuras. Más allá de la casa de Marieta estaba la densa lobreguez de los campos, de la que salían rumores de follaje y cantos de grillos. Sobre los tejados parpadeaban las estrellas en un cielo de intenso azul. Ladraban los perros en los corrales, contestando a los relinchos de las bestias de labor. El pueblo dormía, y el notario y su ayudante andaban con precaución, temiendo tropezar con algún pedrusco de aquellas calles desconocidas.

—¡Ave Maria Purísima!...—gritaba a lo lejos una voz acatarrada—*las onse... sereno....*

Y don Julián sentíase algo intranquilo en aquella lobreguez. Le parecía ver bultos sospechosos, y en la esquina de la calle, espiando la puerta de Marieta, creyó distinguir gente en acecho...

¡Allá va! Y sonó un terrible chasquido, como si se rasgara a un tiempo toda la ropa blanca de la novia, y de la esquina surgió una gruesa línea de fuego, que avanzó rápida y serpenteante con un silbido atroz, que puso los pelos de punta al buen notario.

Era un enorme cohete. ¡Vaya una broma! El notario se arrimó tembloroso a una puerta, mientras el escribiente casi caía a sus pies, y allí estuvieron los dos durante unos segundos, que les parecieron siglos, viendo con angustia cómo el petardo iba de una pared a otra como fiera enjaulada, agitando su rabo de chispas, conteniendo por tres o cuatro veces su silbante estertor, hasta que por fin estalló en horrendo trueno.

El tío Sento había permanecido valientemente en

medio de la calle... ¡Redéu! ya sabía él de dónde venía aquello.

—¡Chentóla indesent!—gritó con voz ronca por la rabia.

Y agitando su enorme *gayato*, avanzó amenazante, como si tras la esquina fuese a encontrar al *Desgarra* con toda la parentela de la *siñá* Tomasa.

III

Las campanas de Benimuslín iban al vuelo desde el amanecer.

Se casaba el tío Sèndo, noticia que había circulado por todo el distrito, y de los pueblos inmediatos iban llegando amigos y parientes, unos a caballo en sus bestias de labranza, con el sobrelomo cubierto con vistosas mantas, y otros en sus carros, con sillas de cuerda atadas a los varales, en las que iba sentada toda la familia, desde la mujer, con el pelo reluciente de aceite y la mantilla de terciopelo, hasta los chicos, que lloriqueaban por las maternas bofetadas recibidas cada vez que atentaban a la limpieza de sus trajes de fiesta.

La casa del tío Sèndo era un verdadero infierno. ¡Qué movimiento! Desde el día anterior que allí no se descansaba. Las vecinas que gozaban justa fama de guisanderas iban al corral con los brazos reman-gados y el vestido prendido atrás con alfileres, mos-trando las blancas enaguas, mientras que cerca de la

gran higuera algunos muchachos atizaban las hogueras de secos sarmientos.

Aquello era un matadero. El cortante del pueblo, cuchillo en mano, les abría el gañote a las gallinas; los chicuelos dedicábanse con el mayor entusiasmo a pelar los cadáveres; revoloteaban nubes de plumas, pegándose al suelo manchado de sangre, y en las vacilantes llamas tostábase la flácida piel todavía erizada de "cañones", pasando después las víctimas a ser colgadas de una rama de la higuera, donde la tía Pascuala, vieja criada de la casa, con delicadezas de cirujano experto, abríalas en canal, sacando los higadijos y los ovarios, bocados exquisitos para el almuerzo de todos los ayudantes de cocina.

Daba gloria ver tan alegre agitación. Aquellas gentes, que en el resto del año vivían condenadas a manejar la azada de sol a sol, sin más consuelo que el tomate crudo, la sardina mohosa y el áspero bacalao, se embriagaban de grasa en la gigantesca inundación de comida. ¡Lo que hace tener dinero! Bien se estaba en una casa como aquélla, con todo lo que Dios cría de bueno.

Las *paellas* mostrábanse con la panza hollinada y las entrañas brillantes como plata, esperando el momento de chillar sobre las llamas; el arroz en sacos; los caracoles de montaña en enormes cazuelas orladas de sal, saliendo del agua para enseñar sus móviles cuernos al sol nascente; en un rincón toda una hornada de *rollos*, esparciendo en aquel ambiente de sangre y grasa el perfume fragante del pan caliente y tierno; las especias a libras en una caja de latón; y de la bodega salían pellejos y más pellejos, que caían temblorosos en el suelo como cuerpos palpitantes.

tes: unos enormes, conteniendo el vino rojo para la comida, y otros más pequeños, guardando el néctar de la "bota del rincón", aquel patriarca del que se hablaba en el pueblo con respeto, y que con su colorcillo claro y su corona de brillantes hacía caer al más valiente.

¿Y de dulces?... ¡Ave María! El tío Sento se había traído toda una confitería de Valencia. En sacos estaban los confites para tirar; las almendras roñosas, los canelados, todos aquellos proyectiles de azúcar y almidón, duros como balas, que habían de cubrir de chichones las cabezas de la pedigüeña chiquillería; y dentro, en el *estudi*, guardábanse las cosas finas: las tortadas cubiertas de flores de caramelo y rematadas por mariposas que temblaban sobre un alambre; los tiernos pasteles de espuma, las bandejas monumentales henchidas de frutas confitadas, todos aquellos primores que desde la puerta, pálidos de emoción y chupándose el dedo con avaricia, contemplaban los chicos de los convidados.

La fiesta prometía. El gozo reflejábase en los rostros rubicundos; en el corral se desataban los pellejos para hacer cataduras y tomar fuerzas; y por si algo faltaba, allá en la calle sonó la alegre dulzaina con escalas que parecían cabriolas. Hasta *Dimòni* estaba en la fiesta; bien decían que el novio no reparaba en gastos. Había que darle vino para que tocara mejor, y el enorme vaso iba de mano en mano desde el corral hasta la puerta de la calle, donde *Dimòni* empujaba el codo con gravedad, dejando el sobrante a su pelado tamborilero.

Ya era hora. Don Vicente esperaba en la iglesia, las campanas habían enmudecido, y toda la comitiva

nupcial salió en busca de la novia: ellas con su vestido hueco y la mantilla a los ojos, y los hombres arrastrando sus recias capas azules de larga esclavina y alto cuello, que les ponía rojas las orejas.

Todo el pueblo esperaba a la puerta de la iglesia. Algunos parientes de la *siña* Tomasa, violando la consigna de familia, estaban allí en última fila, y no pudiendo resistir la curiosidad, se empinaban pies en punta para ver mejor.

Primero, una turba de muchachos dando cabriolas en torno de *Dimòni*, que soplaba con la cabeza atrás y la dulzaina en alto, como si ésta fuese una gran nariz con la que husmeaba el cielo, y después venían los novios: él con su sombrero de terciopelo, su capa con mangas, que le congestionaban el sudoroso rostro, y por bajo de la cual asomaban los pies con calcetines bordados y alpargatas finas.

¿Y ella? Las mujeres no se cansaban de admirarla. ¡*Reina y siñora!* Parecía una de Valencia con la mantilla de blonda, el pañolón de Manila que con el largo fleco barría el polvo, la falda de seda hinchada por innumerables zagalejos, el rosario de nácar al puño, un bloque de oro y diamantes como alfiler de pecho, y las orejas estiradas y rojas por el peso de aquellas enormes *polcas* de perlas que tantas veces había ostentado la otra.

Esto sublevaba a los parientes de la difunta.

—¡*Lladre, més que lladre!*...— rugían mirando al tío Sento.

Pero éste se metió en la iglesia con expresión satisfecha, chispeándole los ojuelos bajo las enormes cejas; y tras él desfilaron los padrinos, el alcalde con su ronda escopeta al hombro, y todos los convidados

sudando la gota gorda bajo el peso de las ceremoniosas capas, con grandes pañuelos de atadas puntas pasados por el brazo y henchidos de confites que habían de tirar a la salida de la iglesia.

Los curiosos que quedaron en la puerta miraban a la taberna de la plaza. Hacia ella se fué el dulzainero, como si le molestasen los sonidos del órgano, y allí se encontró con el *Desgarrat* y sus amigos, lo peorcito del pueblo, gente sospechosa que bebía silenciosamente, cambiando guiños y sonrisas con los enemigos del tío Sènto.

Algo se tramaba; las mujeres comentaban el caso con voz misteriosa, como si temieran que el pueblo fuese a arder por los cuatro costados.

Ya iba a salir la comitiva. ¡Gran Dios, qué batahola! Del polvo parecía surgir toda aquella chiquillería desgreñada y sucia que se arremolinaba en la puerta, gritando: "*¡Armeles, confits!...*", mientras que *Dimòni* se aproximaba, rompiendo a tocar la *Marcha Real*.

¡Allá va! Y el mismo tío Sènto soltó como un metrallazo el primer puñado de confites, que, rebotando sobre las duras testas, se hundieron en el polvo, donde los buscaba a gatas la gente menuda, mostrando al aire las sucias posaderas.

Y desde allí hasta casa de los novios fué aquello un bombardeo: la comitiva sin cansarse de tirar confites y la ronda del alcalde teniendo que abrir paso a patadas y palos.

Al pasar frente a la taberna, Marieta bajó la cabeza y palideció, viendo cómo sonreía burlonamente su marido mirando al *Desgarrat*, el cual contestó a la

sonrisa con un ademán indecente. ¡Ay! Aquel conde-
nado se había propuesto amargar su boda.

El chocolate esperaba. ¡Cuidado con atracarse! Era don Julián el notario quien lo aconsejaba: había que pensar en que dentro de dos horas sería la gran comida. Pero a pesar de tan prudentes consejos, la gente arremetió con los refrescos, los cestos de bizcochos, los platos de dulce, y en poco tiempo quedó rasa como la palma de la mano aquella mesa, que tenía alrededor más de cien sillas.

La novia mudábase de traje en el *estudi*, quedando en fresco percal, los morenos brazos casi desnudos, y brillándole sobre el luciente peinado las perlas de sus agujas de oro.

El notario charlaba con el cura, que acababa de llegar con gorrito de terciopelo y el balandrán a puntas. Los convidados huroneaban por el corral, enterándose de los preparativos de la comida; las mujeres se habían puesto frescas y formaban corrillos, charlando de sus asuntos de familia; correteaban los chicos en las cercanías del *estudi*, atraídos por el tesoro que encerraba, y en la puerta de la calle sonaba la incansable dulzaina de *Dimòni*, mientras que la granujería se empujaba dándose cachetes o rodaba en el polvo por alcanzar los puñados de confites que venían de dentro.

Llegó el instante solemne, y las *paellas* burbujeantes y despidiendo azulado humo fueron colocadas sobre la mesa.

Los convidados se apresuraron a ocupar sus asientos: ¡vaya un golpe de vista! Lo que decía el cura con asombro: ¡ni en el festín de Baltasar! Y el notario, por no ser rmenos, hablaba de las bodas de un tal



Conmovió al tranquilo pueblecito.

Camacho, que había leído en no recordaba qué libro.

La gente menuda comía en el corral.

Y allí también, en una mesita como de zapatero, estaba *Dimòni*, el cual, a cada instante, enviaba el acólito adonde estaban los pellejos para que llenara el porrón.

¡Cuerpo de Dios, y qué bien lo hacía toda aquella gente! Las dentaduras fortalecidas por la diaria comida de salazón, chocaban alegremente, y los ojos miraban con ternura aquellas *paellas* como circos, en las cuales los pedazos de pollo eran casi tantos como los granos de arroz, hinchados por el sustancioso caldo.

Con el pañuelo al pecho a guisa de servilleta, había bigardón que tragaba como un ogro, mientras las mujeres hacían dengues, llevándose a la boca la puntita de la cuchara con dos granos de arroz, mostrando esa preocupación de la mujer campesina que considera como una falta de pudor el comer mucho en público.

Aquello era un banquete de señores; no se comía en la misma *paella*, sino en platos, y bebíase en vasos, lo que embarazaba a muchos de los comensales, acostumbrados a arrojar un mendrugo sobre el arroz como señal de que era llegado el momento de pasar el porrón de mano a mano.

La cortesía labriega mostrábase con toda su pegajosidad y falta de limpieza. Ofrecían de un extremo a otro del banquete un muslo tierno y jugoso, que pasando de unos dedos a otros llegaba a su destino. Todo eran obsequios, como si cada uno no tuviese en su plato lo mismo que le ofrecían.

Marieta apenas si comía. Estaba al lado de su marido con la cabeza baja. Palidecía, contraíase su fren-

te reflejando penosos pensamientos, y miraba con alarma a la puerta de la calle, como si temiera alguna aparición del *Desgarrat*.

Aquel maldito era capaz de todo. Aún le parecía oír las últimas palabras de la noche en que se despidieron para siempre. Se acordaría de él, ya que por avaricia quería casarse con el tío Sènto; y ella sabía que aquel bruto, con su cara de hereje, era capaz de hacer algo que fuese sonado. Lo más raro era que, a pesar de sus temores, el furor del *Desgarrat* le producía cierta inexplicable satisfacción. No había remedio; aquel maldito "le tiraba" mucho. No en balde se habían criado juntos.

La comida se animaba. Estaban ya limpias las *paellas*; ahora entraban los primores de la tía Pascuala, y la gente acometía los pollos asados y rellenos, las fuentes enormes de lomo con tomate, toda la cocina indígena, sólida y pesada, que desaparecía en las fauces siempre abiertas de aquellos glotonos.

Los graciosos alegraban la comida. El cura declaraba que ya no podía más, y el notario pellizcábale el tirante abdomen, buscando un huequecito para vencerle de que debía llenarlo. Algunos comenzaban a estar "alumbrados", y con lengua estropajosa les decían a los novios cosas que hacían guiñar los ojillos al tío Sènto y enrojecer a Marieta.

Llegaron los postres con el famoso vino de la bota del rincón, y se sacaron del *estudi* las tortadas, los pasteles y las tortas finas.

Como moscas salieron del corral todos los chicuelos, con el pecho y la cara embadurnados de arroz y grasa, yendo a meterse entre las rodillas de sus madres, sin quitar ojo de los postres tentadores.

Marieta púsose en pie con un plato en la mano y comenzó a dar vueltas a la mesa. Había que regalar algo a la novia para alfileres; era la costumbre. Y los parientes del novio, a quienes convenía estar en buenas relaciones, dejaban caer sobre el redondel de loza la media onza o la *dobleta* fernandina, monedas relucientes y frotadas con anticipación para que perdiesen la negrá pátina adquirida en largo encierro.

—¡*Pera agulletes!*—decía Marieta con vocecita mimosa.

Y era un gozo ver la lluvia de oro que caía sobre el plato. Todos dieron, hasta el notario, que soltó cinco duros, pensando en que ya se la vengaría al presentar la cuenta de honorarios, y el cura, con gesto de dolor, sacó dos pesetas, alegando como excusa la pobreza de la Iglesia por culpa del liberalismo. ¡Ah, si mandasen los suyos!...

Marieta, abriendo el amplio bolsillo de su falda, vació el plato con un alegre retintín que regocijaba el oído.

La cosa marchaba. Hablaban todos a un tiempo, y la gente se detenía en la calle para admirar la alegría de los convidados.

Aquel vinillo claro coronado de brillantes surtía efecto. Todos querían brindar.

—¡*Bomba... bombaaa!*—aullaban los más alegres.

Y se ponía en pie un socarrón, vaso en mano, y después de mirar a todos lados con sonrisa maliciosa que prometía mucho, rompía así:

Brindo y bebo,
y quedo convidao para aluego.

Todos, a pesar de que este chiste lo oyeron ya a

sus abuelos, acogíanle con grandes risotadas, y gritaban palmoteando:

—¡Vitor... vítooor!

Y tras esta muestra de ingenio venían otras, todas ellas tan rancias, no faltando quien se lanzaba a improvisar cuartetas rabudas en honor de los novios.

El notario estaba en su elemento. Aseguraba que el tío Sènto acababa de pellizcarle por debajo de la mesa, creyendo que sus piernas eran las de Marieta; hablaba de la próxima noche de un modo que hacía ruborizar a las jóvenes y sonreír a las madres, y el cura, alegrillo y con los ojos húmedos y brillantes, intentaba ponerse serio, murmurando bonachonamente:

—¡Vamos, don Julián! Orden, que estoy yo aquí.

El vino hacía revivir la brutalidad de los comensales. Gritaban puestos en pie, derribando con sus furiosos manoteos botellas y vasos; cantaban acompañados por la dulzaina de *Dimòni*, a cuyo son saltaban en el corral algunas parejas, y al fin, instintivamente, dividiéronse en dos bandos, y de un extremo a otro de la mesa comenzaron a arrojarse puñados de confites con toda la fuerza de sus poderosos brazos, acostumbrados a luchar con la ingrata tierra y las tozudas bestias de carga.

¡Qué divertido era aquello! El tío Sènto reía muy complacido; pero el cura huyó con las mujeres a refugiarse en el *estudi* y el notario se ocultó debajo de la mesa.

Caían los cristales de las alacenas hechos añicos; quebrábanse los vasos; un ruido de tiestos sonaba continuamente, y los campeones se enardecían hasta el punto de que, no encontrando confites a mano, se

arrojaban los restos de bizcochos y los fragmentos de platos.

—¡*Pròu; ya teiu pròu!*—gritaba el tío Sènto, cansado de sufrir golpes.

Y en vista de que le desobedecían, púsose en pie y a empellones los echó al corral, donde los enardecidos mozos continuaron la fiesta arrojándose proyectiles menos limpios.

Entonces fué cuando las mujeres volvieron al banquete con el asustado cura. ¡*Reina y siñora!* Aquello no estaba bien. Era un juego de brutos. Y se dedicaron a auxiliar a los descalabrados, que se limpiaban la sangre sonriendo, sin cesar de decir que se habían divertido mucho.

Volvieron a sentarse todos a la revuelta mesa, en la cual el vino desparramado y los residuos de la comida formaban repugnantes manchas.

Pero allí no se ganaba para sustos, y algunas respetables matronas saltaron de sus asientos, afirmando entre chillidos medrosos que algo iba por debajo de la mesa que las pellizcaba las abultadas pantorritas.

Eran los chicos, que, no ahitos de confites, buscaban a gatas los residuos de la batalla.

¡Qué granjería tan endemoniada! ¡*Pachets... fòra, fòra!*

Y a coscorriones fué expulsada aquella invasión de desvergonzados buscadores.

Pues señor, bien iba la boda. Había que reconocer que la gente se divertía.

Y fuera gangueaba la dulzaina, haciendo locas cabriolas, como si estuviera contagiada de aquel regocijo tan brutal como ingenuo.

IV

A las diez de la noche quedaba ya poca gente en casa de los novios.

Desde el anochecer comenzaron a salir del establo los carritos y las caballerías enjaezadas. La mayoría de los convidados emprendían el regreso a sus pueblos cantando a grito pelado y deseando a los novios una noche feliz.

Los de Benimuslín se retiraban también, y en las oscuras calles veíase a más de una mujer tirando trabajosamente del vacilante marido, que era incapaz de excesos en los días normales, pero que en una fiesta se ponía alegre como cualquier hombre.

La vieja tartana del notario saltaba sobre las baches del camino, dormitando don Julián con las gafas en la punta de la nariz y dejando que guiase su escribiente, a pesar de que éste se sentía tan trastornado como su principal.

Ya no quedaban en la casa más que los padres de Marieta y algunos parientes.

El tío Sento mostraba impaciencia. Cada mochuelo a su olivo. Después de un día tan agitado, ya era hora de dormir. Y bajo las enormes cejas brillábanle los ojuelos con expresión ansiosa.

—¡Adiós, filla mehua!—gritaba la madre de Marieta—. ¡Adiós!...

Y lloraba abrazándose a su hija, como si la viera en peligro de muerte.

Pero el padre, el viejo carretero, que llevaba med'a bodega en la panza, protestaba con lengua torpe y socarrona indignación. ¡Redéu! No parecía sino que a la chica la habían sentenciado y la llevaran al *cara-falet*. Vamos, hombre, que era cosa de caerse de risa. ¿Tan mal le había ido a la madre cuando se casó?

Y empujaba a su vieja para desasirla de Marieta, que también derramaba lágrimas; y entre suspiros y gimoteos fueron hasta la puerta, que cerró el tío Sènto, pasando después los cerrojos y la cadena.

Ya estaban solos. Arriba, en el granero, dormía la tía Pascuala; en la cuadra se acostaban los criados; pero en el piso bajo, en la parte principal de la casa, sólo estaban ellos, entre los desordenados restos del banquete y a la luz vacilante de un velón monumental.

Por fin ya la tenía; allí estaba, sentada en una poltrona de esparto, encogiéndose como si quisiera achicarse hasta desaparecer.

El tío Sènto estaba intranquilo, y en la vehemencia de su pasión senil no sabía qué decir. ¡Recordóns! No le había ocurrido lo mismo cuando se casó con Tomasa. Lo que hace la edad.

Por algo tenía que empezar, y rogó a Marieta que entrase al *estudi*. ¡Pero bonita era la chica! ¡Criatura más terca y arisca no la había visto el tío Sènto!

No; ella no se meneaba, no entraba en el *estudi* aunque la matasen; quería pasar la noche en aquel sillón.

Y cuando el novio intentaba acercarse, replegábase medrosica como un caracol, faltándole poco para hacerse un ovillo sobre el asiento de cuerda.

El tío Sènto se cansó de tanto rogar. Bueno; ya que ése era su capricho, que pasase buena noche.

Y agarrando rudamente el velón, se metió en el *estudi*.

Marieta tenía un horror instintivo a la oscuridad. Aquella casa grande y desconocida la causaba miedo; creyó ver en la sombra la cara ancha y pecosa de la *siña* Tomasa, y trémula, con paso precipitado, creyendo que alguien la tiraba de la falda, se metió en el *estudi* siguiendo a su marido.

Ahora se fijaba en aquella habitación, la mejor de la casa, con su sillería de Vitoria, las paredes cubiertas de cromos religiosos con apagadas lamparillas al frente, y sus colosales armarios de pino para la ropa.

Sobre la ventruda cómoda con agarraderas de bronce elevábase una enorme urna llena de santos y de flores ajadas; rodeábanla candelabros de cristal con velas amarillas, torcidas por el viento y moteadas por las moscas; cerca de la cama la pililla de agua bendita con la palma del domingo de Ramos; y junto a ella, colgando de un clavo, la escopeta del tío Sento: un mosquetón con dos cañones como trabucos, cargados siempre de perdigón gordo por lo que pudiera ocurrir.

Y como suprema muestra de magnificencia, como complemento del mueblaje, aquella cama famosa de la *siña* Tomasa, complicada fábrica de madera tallada y pintada, ostentando en la cabecera media corte celestial y con un monte de colchones cuya cima cubría el rojo damasco.

El marido sonreía satisfecho de su triunfo.

¿No veía ella cómo por fin entraba? Debía obedecerle siempre y no ser tonta. El sólo deseaba su bien, por lo mismo que la quería mucho.

El viejo, a pesar de la rudeza, decía esto con ex-

presión dulzona, como si todavía tuviera en su boca algún confite de la comida, y extendiendo las manos con audacia.

—*¡Estigas quiet!*—decía Marieta con voz sofocada por el miedo—. *¡No s'acòste!*

Y mudaba de sitio, huyendo de su marido. Iba de una parte a otra mirando con ansiedad las paredes, como si esperara ver en ellas algún agujero, algo por donde poder escapar.

Si no sintiera tanto miedo en la oscuridad, pronto hubiera abierto la puerta del *estudi*, huyendo de aquella lucha insostenible.

—*Pero ¡qué tonta eres!*—decía con entonación filosófica.

Y repetía la frase un sinnúmero de veces, mientras se quitaba las alpargatas y los pantalones de pana, desliándose la negra faja para que el vientre recobrase su hinchado elasticidad.

Oyóse a lo lejos el reloj de la iglesia dando las once.

Era ya hora de acabar aquella situación ridícula; ¿se acostaba Marieta, sí o no?

Y el tío Sènto hizo con tal imperio la pregunta, que la novia levantóse como un autómatas, volvió su rostro a la pared y comenzó a desnudarse con lentitud.

Quitóse el pañuelo del cuello, y después, tras largas vacilaciones, el corpiño fué a caer sobre una silla.

Quedóse al descubierto el ceñido corsé de deslumbrante blancura, con arabescos rojos, y más arriba la morena espalda, de tonos calientes como el ámbar, cubierta de una suave película de melocotón sazonado y rematada por la cerviz de adorable redondez erizada de rizados pelillos.

Aproximábase el tío Sènto cautelosamente, moviéndose al compás de sus pasos el blanducho y enorme abdomen. No debía ser tonta: él la ayudaría a desnudarse.

E intentaba meterse entre ella y la pared, para verla de frente y apartar aquellos brazos cruzados con fuerza sobre el exuberante y firme pecho oprimido por las ballenas del corsé.

—¡No vullc! ¡no vullc! — gritaba con angustia la muchacha—. ¡Apartes d'ahí!... ¡Fuxca!

Con fuerza inesperada empujó aquella audaz panza que la cerraba el paso, y siempre ocultando su pecho, fué a refugiarse entre la cama y la pared.

El tío Sènto se amoscaba. Aquello ya pasaba de broma, y él no se sentía capaz de contemplaciones. Fué a seguir a Marieta en su escondrijo; pero apenas se movió, ¡redêu! parecía que el pueblo se venía abajo, que la casa era asaltada por todos los demonios del infierno, o que había llegado el Juicio final.

¡Vaya un estrépito! Eran latas de petróleo golpeadas a garrotazo limpio, cabezones agitando sus innumerables cascabeles, enormes matracas y grandes cencerros sonando todos a un tiempo; y al poco rato disparáronse cohetes que silbaban y estallaban junto a la reja del *estudi*. Por las rendijas de las maderas penetraba un resplandor rojizo de incendio.

Adivinaba él lo que era aquello y a quién lo debía. Si la pena fuera un *sòu*, si no hubiese presidio para los hombres, ya arreglaría él a aquella pillería.

Y juraba y pateaba, despojado ya de su fiebre amorosa, sin acordarse de Marieta, que, asustada al principio por el infernal estrépito, lloraba ahora, creyendo que sus lágrimas podían arreglarlo todo.

Ya se lo habían dicho sus amigas. Se casaba con un viudo, y tendría cencerrada.

Pero ¡qué cencerrada, señores! Era en toda regla, con coplas alusivas que la gente celebraba con carcajadas y relinchos, y cuando cesaba momentáneamente el estrépito de latas y cencerros, sonaba la dulzaina con sus gangueos burlones, y una voz acata rrada que conocía Marieta—¡vaya si la conocía!—habla ba de la vejez del novio, de lo *carasera* que había sido la novia y del peligro en que estaba el tío Sèn to de ir al día siguiente al cementerio si quería cum plir su obligación.

—¡*Morrals!* ¡*Indesents!*—rugía el novio, e iba loco por el *estudi*, manoteando como si quisiera exterminar en el aire aquellas coplas que venían de afuera.

Pero una malsana curiosidad le dominaba. Quería ver quiénes eran los guapos que se atrevían con él, y de un bufido apagó el velón, abriendo después un ven tanillo de la reja.

La calle entera estaba ocupada por el gentío. Algunos haces de cáñamo seco ardían con rojiza llama, y su resplandor de incendio abarcaba el corro principal de la cencerrada, dejando en la oscuridad el resto de la muchedumbre.

Allí estaban los autores. El *Desgarrat* al frente y toda la parentela de la *siñá* Tomasa. Pero lo que más indignaba al tío Sento era que estuviese allí *Dimoni* acompañando con su dulzaina las indecentes coplas, cuando el muy ladrón había recibido dos horas antes dos duros como dos soles por su trabajo en la boda. ¡Y cómo se reía aquel hereje cada vez que su amigo el *Desgarrat* cantaba una desvergüenza!

Había para hacer un disparate,

Lo que más alteraba al tío Sento, aunque él lo callase, era ver que aquel insulto a su persona lo presenciaba medio pueblo, los mismos que antes le tenían o le buscaban humildes e imploraban su favor. Su estrella se eclipsaba. Todos le perdían el respeto después de su calaverada casándose con una chica.

Despertábase su soberbia de hombre rudo acostumbrado a imponer su voluntad, y temblaba de pies a cabeza ante los feroces insultos.

Conformábase con el ruido: que golpeasen cuanto quisieran; pero que no cantase aquel perdido, pues sus coplas le aglomeraban la sangre a los ojos.

Pero el *Desgarrat* era infatigable, la gente acogía las coplas con aullidos de entusiasmo; y el viejo, ya trastornado, se hacía atrás, como si en la oscuridad del *estudi* fuese a buscar algo.

Aún permaneció en el ventanillo viendo cómo la multitud abría paso a algunos amigos del *Desgarrat* que conducían en hombros un objeto largo y negro.

—¡Gòri, gòri, gòri!—aullaba la multitud, parodiando el canto de los entierros.

Y el novio vió pasar en la punta de un palo, a guisa de un guión, unos cuernos enormes, leñosos y retorcidos, y después un ataúd, en cuyo fondo descansaba un monigote con dos grandes marañas de pelo en lugar de las cejas.

¡Cristo! ¡Aquello era para él! Ya se atrevían a lanzarle en el rostro aquel apodo de *Sellut* que nadie había osado proferir en su presencia. Rugió, apartándose del ventanillo; buscó a lo largo de la pared, a tientas en la oscuridad; algo apoyó en su rostro, contraído por la rabia, y sonaron dos truenos que hicieron parar en seco la ruinosa cencerrada. Había tirado a ciegas;

pero tal era su deseo de matar, que hasta estaba seguro de haber acertado.

Se apagaron las rojas antorchas, oyóse el rumor de la gente que huía apresurada, y algunos gritaban desde la calle:

—¡Pillo!, ¡asesino!... ¡El Sellut es!... ¡Asómat, granuja!

Pero el tío Sènto nada oía. Estaba plantado en medio del *estudi*, como asombrado de lo que había hecho, con la caliente escopeta quemándole las manos.

Marieta, poseída de pismo, gimoteaba en el suelo. Su estertor ansioso era lo único que oía él, y dirigiendo su furia a lo que más cerca tenía, murmuraba con ferocidad:

—¡Calla, cordóns!... ¡Calla, o te mate a tú!

El tío Sènto no salió de su estupor hasta que golpearon rudamente la puerta de la calle.

—¡Abran a la Guardia civil!

Debían estar levantados los criados desde mucho antes, pues la puerta se abrió, acercándose al *estudi* el ruido de culatas y zapatos claveteados.

Cuando el tío Sènto salió a la calle entre los dos guardias, vió el cadáver del *Desgarra*t hecho una criba. No se había perdido un perdigón.

Los compañeros del muerto amenazáronle de lejos con sus navajas; hasta *Dimòni*, tambaleando por el vino y la emoción, le apuntaba fieramente con su *dulzaina*; pero él nada veía, y se alejó cabizbajo, murmurando con amargura:

—¡Bonica nit de novios!

Guapeza valenciana

I

Buenos parroquianos tuvo aquella mañana el cafetín del *Cubano*. La flor de la guapeza, los valientes más valientes que campaban en Valencia por sus propios méritos; todos cuantos vivían a estilo de caballero andante por la fuerza de su brazo; los que formaban la guardia de puertas en las timbas, los que llevaban la parte de terror en la banca, los que iban a tiros o cuchilladas en las calles, sin tropezar nunca, en virtud de secretas inmunidades, con la puerta del presidio, estaban allí, bebiendo a sorbos la copita matinal de aguardiente, con la gravedad de buenos burgueses que van a sus negocios.

El dueño del cafetín les servía con solicitud de admirador entusiasta, mirando de reojo todas aquellas caras famosas, y no faltaban chicuelos de la vecindad que asomaban curiosos a la puerta, señalando con el dedo a los más conocidos.

La baraja estaba completa. ¡Vive Dios! que era un verdadero acontecimiento ver reunidos en una sola familia, bebiendo amigablemente, a todos los guapos que días antes tenían alarmada la ciudad y cada dos no-

ches andaban a tiros por Pescadores o la calle de las Barcas, para provecho de los periódicos noticieros, mayor trabajo de las Casas de Socorro y no menos fatiga de la policía, que echaba a correr a los primeros rugidos de aquellos leones que se disputaban el privilegio de vivir a costa de un valor más o menos reconocido.

Allí estaban todos. Los cinco hermanos *Bandullos*, una dinastía que al mamar llevaba ya cuchillo, que se educó degollando reses en el Matadero y con una estrecha solidaridad lograba que cada uno valiera por cinco y el prestigio de la familia fuese indiscutible. Allí Pepet, un valentón rústico, que usaba zapatos por primera vez en su vida, y había sido extraído de la Ribera por un dueño de timba, para colocarlo frente a los terribles *Bandullos*, que le molestaban con sus exigencias y continuos tributos; y en torno de estas eminencias de la profesión, hasta una docena de valientes de segunda magnitud, gente que pasaba la vida penando por trabajar; guardianes de casa de juego, que estaban de vigilancia en la puerta desde el mediodía hasta el amanecer por ganarse tres pesetas; lobos que no habían hecho aún más que morder a algún señorito enclenque o asustar a los municipales; maestros de cuchillo, que poseían golpes secretos e irresistibles, a pesar de lo cual habían perdido la cuenta de las bofetadas y palos recibidos en esta vida.

Aquello era una fiesta importantísima, digna de que la voceasen por la noche los vendedores de *La Correspondencia*, a falta de "¡el crimen de hoy!".

Iban todos a comerse una *paella* en el camino de Burjasot, para solemnizar dignamente las paces entre los *Bandullos* y Pepet.

Los hombres, cuanto más hombres, más serios para ganarse la vida.

—¿Qué se iba adelantando con hacerse la guerra sin cuartel y refir batalla todas las noches? Nada; que se asustaran los tontos y rieran los listos; pero, en resumen, ni una peseta, y los padres de familia expuestos a ir a presidio.

Valencia era grande y había pan para todos. Pepet no se metería para nada con la timba que tenían los *Bandullos*, y éstos le dejarían con mucha complacencia que gozase en paz lo que sacara de las otras.

Y en cuanto a quiénes eran más valientes, si los unos o el otro, eso quedaba en alto y no había por qué mentarlo; todos eran valientes y se iban rectos al bulto; la prueba estaba en que después de un mes de buscarse, de emprenderse a tiros, o cuchillo en mano, entre sustos de los transeúntes, corridas y cierres de puertas, no se habían hecho el más ligero rasguño.

Había que respetarse, caballeros, y campar cada uno como pudiera.

Y mediando por ambas partes excelentes amigos, se llegó al arreglo.

Aquella buena armonía alegraba el alma, y los satélites de ambos bandos conmovíanse en el cafetín del *Cubano* al ver cómo los *Bandullos* mayores, hombres sesudos, carianchos y cuidadosamente afeitados, con cierto aire monacal, distinguían a Pepet y le ofrecían copas y cigarros; finezas a las que respondía con gruñidos de satisfacción aquel gañán ribereño, negro, apretado de cejas, enjuto y como cohibido al no verse con alpargatas, manta y retaco al brazo, tal como iba en su pueblo a ejecutar las órdenes del cacique. De su nuevo aspecto sólo le causaba satisfacción la gruesa

cadena de reloj y un par de sortijas con enormes "culos de vaso", distintivos de su fortuna que le producían infantil alegría.

El único que en la respetable reunión podía "meter la pata" era el menor de los *Bandullos*; un chiquillo fisgón e insultadorcillo, que abusaba del prestigio de la familia, sin más historia ni méritos que romper el capote a los municipales o patear el farolillo de algún sereno siempre que se emborrachaba; hazañas que obligaban a sus poderosos hermanos a echar mano de las influencias, pidiendo a éste y al otro que tapasen tales tonterías a cambio de sus buenos servicios en las elecciones.

El era el único que se había opuesto a las paces con Pepet, y no mostraba ahora, en un día de concordia y olvido, la buena crianza de sus hermanos. Pero ya se encargarian éstos de meter en cintura a aquel bicho ruin que no valía una bofetada y quería perder a los hombres de mérito.

Salieron todos del cafetín, formando grupo por el centro del arroyo, con aire de superioridad, como si la ciudad entera fuese suya, saludando con sonriente respeto por las parejas de agentes que estaban en las esquinas.

¡Vaya una partida! Marchaban graves, como si la costumbre de hacer miedo les impidiese sonreír; hablaban lentamente, escupiendo a cada instante, con voz fosca y forzada, cual si la sacaran de los talones, y se llevaban las manos a las sienes, atusándose los bucles, y torciendo el morro con compasivo desprecio a todo cuanto les rodeaba.

Por un contraste caprichoso, aquellos buenos mozos malcarados exhibían como gala el pie pequeño, usaban

botas de tacón alto adornadas con pespuntos, lo que les daba cierto aire de afeminamiento, así como los pantalones estrechos y las chaquetas ajustadas, marcando protuberancias musculosas o miseros armazones de piel y huesos, en que los nervios suplían a la robustez.

Los había que empuñaban escandalosos garrotes o barras de hierro forradas de piel, golpeando con estrépito los adoquines, como si quisieran anunciar el paso de la fiera; pero otros usaban bastoncillos endebles o no se apoyaban en nada, pues bastante compañía llevaban sobre las caderas con el cuchillo como un machete y la pistola del quince, más segura que el revólver.

Aquel desfile de guapos detúvose en todos los cafetines del tránsito para refrescar con "medias libras" de aguardiente, convidando a los policías conocidos que encontraban al paso, y cerca de las doce llegaron a la alquería del camino de *Burjasot*, donde la paella burbujeaba ya sobre los sarmientos, faltando sólo que la echasen el arroz.

Cuando se sentaron a comer estaban medio borrachos; mas no por esto perdieron su fúnebre y despreciativa gravedad.

II



Eran gentes de buenas tragaderas, y pronto salió a luz el fondo de la sartén, viéndose por los profundos

agujeros que las cucharas de palo abrían en la masa de arroz el meloso *socarraet*, el bocado más exquisito de la *paella*.

De vino, no digamos. A un lado estaba el pellejo, vacío, exangüe, estremeciéndose con las convulsiones de la agonía, y las rondas eran interminables, pasando de mano en mano los enormes vasos, en cuyo negro contenido nadaban los trozos de limón, para hacer más aromático el líquido.

A los postres, aquellas caras perdieron algo de su máscara feroz; se reía y bromeaba, con la pretina suelta para favorecer la digestión y lanzando poderosos regüeldos.

Salían a conversación todos los amigos que se hallaban ausentes por voluntad o por fuerza: el tío *Tripa*, que había muerto hecho un santo después de una vida de trueno; los *Donsainers*, huidos a Buenos Aires por unos golpes mal dados, que el asunto no se pudo arreglar aun mediando el mismo gobernador de la provincia; y la gente de menor cuantía que estaba en San Agustín o San Miguel de los Reyes, inocentones que se echaron a valientes sin contar antes con buenos protectores.

—¡Cristo!, que era una lástima que hombres de tanto mérito hubieran muerto o se hallaran pudriendo en la cárcel o en el extranjero. Aquéllos eran valientes de verdad, no los de ahora, que son en su mayoría unos muertos de hambre, a quienes la miseria obliga a echárselas de guapos, a falta de valor para pegarse un tiro.

Esto lo decía el *Bandullo* pequeño, aquel trastuelo, que se había propuesto alterar la reunión pinchando a Pepet, y a quien sus hermanos lanzaban severas mira-

das por su imprudencia. ¡Criatura más comprometedorra! Con chicos no puede irse a ninguna parte.

Pero el escuerzo ruin no se daba por entendido. Tenía mal vino y parecía haber ido a la *paella* por el solo gusto de insultar a Pepet.

Había que ver su cara enjuta, de una palidez lívida, con aquel lunar largo y retorcido, para convencerse de que le dominaba el afán de acometividad, el odio irreconciliable que lucía en sus ojos y hacía latir las venas de su frente.

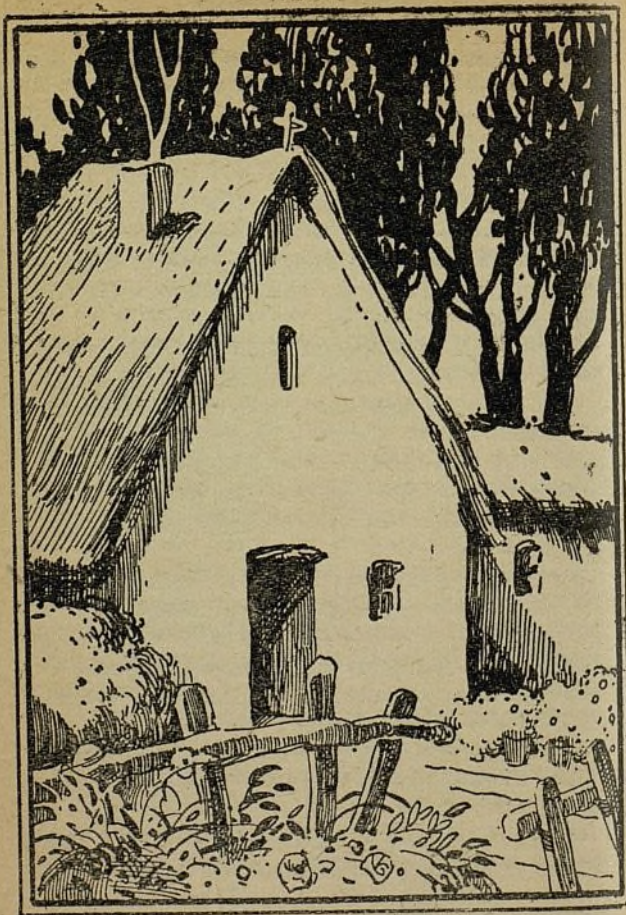
Sí, señor; él no podía transigir con ciertos valientes que no tienen corazón, sino estómago hambriento; *ruqueròls* que olían todavía al estiércol de la cuadra en que habían nacido y venían a estorbar a las personas decentes. Si otros querían callar, que callasen. El no; y no pensaba parar hasta que se viera que toda la guapeza de esos tales era mentira, cortándoles la cara y lo de más allá.

Por fortuna, estaban presentes los *Bandullos* mayores, gente sesuda que no gustaba de compromisos más que cuando eran irremediables. Miraban a Pepet, que estaba pálido, mascando furiosamente su cigarro, y le decían al oído, excusando la embriaguez del pequeño:

—*No fases cas: està bufat.*

Pero buena excusa era aquélla con un bicho tan rabioso. Se crecía ante el silencio e insultaba sin miedo alguno.

Lo que él decía allí lo repetía en todas partes. Había muchos embusteros. Valientes de *mata mòrta*, como los melones malos. El conocía un guapo que se creía una fiera porque le habían vestido de señor; ¡mentira, todo mentira! El muy fachenda hasta intentaba presumir y le hacía corrococos a María la *Borriquera*, la cordo-



Cerca de las doce llegaron a la alquería.

besa que cantaba flamenco en el Café de la Peña... ¡Ya voy!... Ella se burlaba del muy bruto; tenía poco mérito para engañarla; la chica se reservaba para hombres de valía, para valientes de verdad; él, por ejemplo, que estaba cansado de acompañarla por las madrugadas cuando salía del café.

Ahora si que no valieron las benévolas insinuaciones de los hermanos mayores. Pepet estaba magnífico, puesto de pie, irguiendo su poderoso corpachón, con los ojos centelleantes bajo las espesas cejas y extendiendo aquel brazo musculoso y potente, que era un verdadero ariete.

Respondía con palabras que la ira cortaba y hacía temblar:

—¡Això es mentira, mocós!

Pero apenas había terminado, un vaso de vino le fué recto a los ojos, separándolo Pepet de una zarpada e hiriéndose el dorso de la mano con los vidrios rotos.

Buena se armó entonces... Las mujeres de la alquería huyeron dentro, lanzando agudos chillidos; todo el honorable concurso saltó de sus silletas de cuerda, rascándose el cinto, y allí salió a relucir un verdadero arsenal: navajas de lengua de toro, cuchillos pesados y anchos como de carnicería, pistolas que se montaban con espeluznante ruido metálico.

La reunión dividióse instantáneamente en dos bandos. A un lado los *Bandullos*, cuchillo en mano, pálidos por la emoción, pero torciendo el morro con desprecio ante aquellos mendigos que se atrevían a emanciparse, y al otro, rodeando a Pepet, todos, absolutamente todos los convidados, gente que había sobrellevado con paciencia el despotismo de la familia bandullesca y que ahora veía ocasión para emanciparse.

Miráronse en silencio por algunos segundos, queriendo cada uno que los otros empezaran.

¡Vaya, caballeros! La cosa no podía quedar así... Allí se había insultado a un hombre, y de hombre a hombre no va nada.

Al fin, el reñir es de hombres.

Era una lástima que la fiesta terminase mal; pero entre hombres, ya se sabe: hay que estar a todo. Dejar sitio y que se las arreglen los hombres como puedan.

Los amigos de Pepet, que estaban en sus glorias y se mostraban fieros por la superioridad del número, colocáronse ante los *Bandullos* mayores, cortándoles el paso con los cuchillos y sus palabras.

En ocasiones como aquella había que demostrar la entraña de valiente. Nada importaba que fuese su hermano. Había insultado, y debía probar sin ayuda ajena que tenía tanto de "aquello" como de lengua.

Pero las razones eran inútiles. Estaban frente a frente los dos enemigos, a la puerta de la alquería, bajo aquella hermosa parra por entre cuyos pámpanos se filtraban los rayos del sol dorando las telarañas que envolvían las uvas.

El pequeño, extendiendo la diestra armada de ancha faca y cubriéndose el pecho con el brazo izquierdo, saltaba como una mona, haciendo gala de la esgrima presidiaria aprendida en los corralones de la calle de Cuarte.

Todos callaban. Oíase el zumbido de los moscardones en aquella tibia atmósfera de primavera, el susurrar de la vecina acequia, el murmullo del trigo agitando sus verdes espigas y el chirriar lejano de algún ca-

ro, junto con los gritos de los labradores que trabajaban en sus campos.

Iba a correr sangre, y todos avanzaban el pescuezo con malsana curiosidad, para dar faltas y buenas sobre el modo de reñir.

El bicho maldito no se inquietaba y seguía insultando. ¡A ver! que se atracara aquel guapo y vería cuán pronto le echaba la *tanda* al suelo.

Y vaya si se atracó. Pero con un valor primitivo; no con la arrogancia del león, sino con la acometividad del toro; bajando la dura testa, encorvando su musculoso pecho con el impulso irresistible de una catapulta.

De una zarpada se llevó por delante, tambaleando y desarmado, al pequeño *Bandullo*, y antes de que cayera al suelo le hundió el cuchillo en un costado, de abajo arriba, con tal fuerza, que casi lo levantó en el aire.

Cayó el chicuelo, llevándose ambas manos al costado, y la desgarrada faja, que rezumaba sangre, y hubo un murmullo de asombro casi semejante a un aplauso.

¡Buen pájaro era aquel Pepet! ¡Cualquiera se metía con un bruto así!

Los *Bandullos* lanzáronse sobre su caído hermano, trémulos de coraje, y hubo de ellos que requirieron sus armas con desesperación, como dispuestos a cerrar con aquel numeroso grupo de enemigos y morir matando para desagravio de la familia, que no podía consentir tal deshonra.

Pero les contuvo un gesto imperioso del hermano mayor, Néstor de la familia, cuyas indicaciones seguían todos ciegamente. Aún no se había acabado el

mundo. Lo que él aconsejaba y siempre salía bien: paciencia y mala intención.

El pequeño, pálido, casi exánime, echando sangre y más sangre por entre la faja, fué llevado por sus hermanos a la tartana, que aguardaba cerca de la alquería desde que trajo por la mañana todo el "arreglo" de la *paella*.

¡Arrea, tartanero! ¡Al Hospital! Donde van los hombres cuando están en desgracia.

Y la tartana se alejó dando tumbos, que arrancaban al herido rugidos de dolor.

Pepet limpió su cuchillo con hojas de lechuga que había en el suelo, lo lavó en la acequia y volvió a guardarlo con tanto cariño como si fuese un hijo.

El ribereño había crecido desmesuradamente a los ojos de todos aquellos emancipados que le rodeaban, y de regreso a Valencia por la polvorienta carretera, se quitaban la palabra unos a otros para darle consejos.

A la policía no había que tenerle cuidado. Entre valientes era de rigor el silencio. El pequeño diría en el Hospital que no conocía a quien le hirió, y si era tan ruin que intentara cantar, allí estarían sus hermanos para enseñarle la obligación.

A quien debía mirar de lejos era a los *Bandullos* que quedaban sanos. Eran gente de cuidado. Para ellos, lo importante era pegar, y si no podían de frente, lo mismo les daba a traición. ¡Ojo, Pepet! Aquello no lo perdonarían, más que por el hermano, por el buen sentimiento de la familia.

Pero al valentón ribereño aún le duraba la excitación de la lucha y sonreía despreciativamente. Al fin, aquello tenía que ocurrir. Había venido a Valencia

para pegarles a los *Bandullos*; donde estaba él no quería más guapos; ya había asegurado a uno; ahora que fuesen saliendo los otros, y a todos los arreglaría.

Y como prueba de que no tenía miedo, al pasar el puente de San José y meterse todos en la ciudad, amenazó con un par de guantadas al que intentara acompañarle.

Quería ir solo, por ver si así le salían al paso aquellos enemigos. Conque... ¡largo, y hasta la vista!

¡Qué hígado de hombre! Y la turba bravucona se disolvió, ansiosa de relatar en cafetines y timbas la caída de los *Bandullos*, añadiendo con aire de importancia que habían presenciado la terrible *gabineta* de aquel valentón que juraba el exterminio de la familia.

Bien decía el ribereño que no tenía miedo ni le inquietaban los *Bandullos*. No había más que verle a las once de la noche marchando por la calle de las Barcas con desembarazada confianza.

Iba a la Peña, a oír a su adorada novia la *Borriquera*.

¡Mala pécora! Si resultaba cierto lo que aquel chiquillo insultador le había dicho antes de recibir el golpe, a ella le cortaba la cara, y después no dejaba botella ni títere sano en todo el café.

Aún le duraba la excitación de la riña, aquella rabia destructora que le dominaba después de haber "hecho" sangre.

Ahora, antes que se enfriase, debieran salirle al encuentro los *Bandullos*, uno a uno o todos juntos. Se sentía con ánimo para de la primera rebanada partirlos en redondo.

Estaba ya en la subida de la Morera, cuando sonó un disparo y el valentón sintió un golpe en la espalda,

al mismo tiempo que se nublaba su vista y le zumbaban los oídos.

¡Cristo! Eran ellos, que acababan de herirle.

Y llevándose la mano al cinto, tiró de su pistola del quince; pero antes de que volviera la cara sonó otro disparo y Pepet cayó redondo.

Corría la gente, cerrábanse las puertas con estrépito, sonaban pitos y más pitos al extremo de la calle, sin que por esto se viese un kepis por parte alguna, y aprovechándose del pánico abandonaron los *Bandullos* la protectora esquina, avanzando cuchillo en mano hacia el inerte cuerpo, al que removieron de una pata-da, como si fuese un talego de ropa.

—*Ben mòrt està.*

Y para convencerse más, se inclinó uno de ellos sobre la cabeza del muerto, guardándose algo en el bolsillo.

Cuando llegaron los guardias y se amotinó la gente en torno del cadáver, esperando la llegada del Juzgado, vióse a la luz de algunos fósforos la cara morosa de Pepet el de la Rivera, con los ojos desmesurados y vidriosos y junto a la sien derecha una desolladura roja que aún manaba sangre.

Le habían cortado una oreja, como a los toros muertos con arte.

III

El entierro fué una manifestación.

Aún quedaba sangre de valiente: la raza no iba a terminar tan pronto como muchos creían.

Los amos de las casas de juego marchaban en primer término tras el ataúd, como afligidos protectores del muerto, y tras ellos todos los matones de segunda fila y los aspirantes a la clase: morralla del Mercado y del Matadero que esperaba ocasión para revelarse, y hacía sus ensayos de guapeza yendo a pedir alguna peseta en los billares o timbas de calderilla.

Aquel cortejo de caras insolentes con gorrillas ladeadas y tufos en las orejas hacía apartarse a los transeúntes, pensando en el gran golpe que se perdía la Guardia civil.

¡Qué magnífica redada podía echarse!

Pero no; había que respetar el dolor sincero de aquella gente, que lloraba al muerto con toda su alma, con una ingenuidad jamás vista en los entierros.

¿Era así como se mataba a los hombres? ¡Cobardes!... ¡morrals!... ¡Y después querían los *Bandullos* pasar por bravos! Santo y bueno que le hubiesen tirado el hígado al suelo riñendo cara a cara, pues a esto están expuestos los hombres que valen; pero matarlo por la espalda y con pistola, para no acercarse mucho, era una canallada que merecía garrote. ¡Morir a manos de unos ruines un chico que tanto valía! ¡Parecía imposible que la prensa no protestase y que la ciudad entera no se subleva contra los *Bandullos*! ¿Y lo de cortarle la oreja? ¡*Ambusteros*, más que *ambusteros*! Eso está bien que se haga con uno a quien se mata de frente; en casos así hay que guardar un recuerdo; pero... ¡vamos! cuando no hay de qué y sólo tienen ciertas gentes motivo para avergonzarse, irrita que se pongan moños. Y lo más triste era que muerto Pepet, el valiente de verdad, el guapo entre los guapos, los *Bandullos*, camparían como únicos

amos, y las personas decentes, que eran los demás, tendrían que juntarse para que les diesen las sobras y poder comer. ¡Tan tranquilos que estaban, amparados por aquel león de la Ribera que se había propuesto acabar con los *Bandullos*!

Los que más irritados se mostraban eran los neófitos, los aprendices, que no habían estrenado la "tea" que llevaban cruzada sobre los riñones, los que no tenían aún categoría para vivir de la tremenda, pero que sentían por Pepet la misma adoración de los salvajes ante un astro nuevo.

Y todos ellos, que pretendían meter miedo al mundo con un solo gesto, lloraban en el cementerio, en torno de la fosa, al ver los húmedos terrones que caían sobre el ataúd.

¿Y un hombre así, más bien plantado que el que paró al sol, se lo habían de comer la tierra y los gusanos?... ¡Retaponen! Aquello partía el corazón.

La chavalería esperaba con ansiosa curiosidad las ceremonias de costumbre en tales casos; algo que demostrase al que se iba que aquí quedaba quien se acordaba de él.

Sonó un glu-glu de líquido cayendo sobre la rellena fosa. Los compañeros de Pepet, foscos como sacerdotes de terrorífico culto, vaciaban botellas de vino sobre aquella tierra grasienta que parecía sudar la corrupción de la vida.

Y cuando se formó un charco rojizo y repugnante, toda aquella hermandad del valor malogrado tiró de las "teas", y uno por uno fueron trazando en el barro furiosas cruces con la punta del cuchillo, al mismo tiempo que mascullaban terribles palabras mirando a

lo alto, como si por el aire fueran a llegar volando los odiados *Bandullos*.

Podía Pepet dormir tranquilo. Aquellos granujas recibirían las tornas... si es que se empeñaban en comérselo todo y no hacer parte a las personas decentes. ¡Lo juraban!

Y al mismo tiempo que los cuchillos de la comitiva trazaban cruces en el cementerio, los *Bandullos* entraban en el Hospital, graves, estirados, solemnes, como diplomáticos en importante misión.

El pequeño sacaba por entre las sábanas su rostro exangüe, tan pálido como el lienzo, y únicamente en su mirada había una chispa de vida al preguntar con mudo gesto a sus hermanos.

Debía saber algo de lo de la noche anterior, y quería convencerse.

Sí, era cierto. Se lo aseguraba su hermano mayor, el más sesudo de la familia. El que atacase a los *Bandullos* tenía pena a la vida. ¿No le habían prometido venganza? Pues allí estaba.

Y desliando un trozo de periódico, arrojó sobre las sábanas un muñón asqueroso cubierto de negros coágulos.

El pequeño lo alcanzó sacando de entre las sábanas sus brazos enflaquecidos, ahogando con penosos estertores el dolor que sentía en las llagadas entrañas al incorporarse.

—¡La orella!... ¡la orella d'eixe lladre!

Rechinaron sus dientes con los dos fuertes mordiscos que dió al asqueroso cartilago, y sus hermanos, sonriendo complacidos al comprender hasta dónde llegaba la furia de su cachorro, tuvieron que arrebatárle la oreja de Pepet para que no la devorase.

El milagro de San Antonio



Hacia años que Luis no había visto las calles de Madrid a las nueve de la mañana.

A esta hora comenzaban a dormir todos sus amigos del Casino; pero él, en vez de meterse en la cama, había cambiado de traje y se dirigía a la Florida, mecido por el dulce vaivén de su elegante carruaje.

Al volver a su casa después de amanecido, le habían entregado una carta traída en la noche anterior. Era de aquella desconocida que mantenía con él extraña correspondencia durante dos semanas. Una inicial por firma y la letra de carácter inglés, fina, correcta e igual a la de todas las que han sido pensionistas del Sacré-Coeur. Hasta su mujer la tenía así. Parecía que era ella la que le escribía citándole a las diez en la Florida, frente a la iglesia de San Antonio. ¡Qué disparate!

Hacíale gracia pensar, mientras marchaba a una cita de amor, en su mujer, aquella Ernestina cuyo recuerdo raras veces venía a turbar las alegrías de su vida de soltero, o como decía él, de marido "emancipado".

¿Qué haría ella a tales horas? Cinco años que no se veían, y apenas si tenía noticias suyas. Unas veces viajaba por el extranjero; otras sabía que estaba en provincias, en casa de viejos parientes; y aunque residía largas temporadas en Madrid, nunca se habían encontrado. Esto no es París ni Londres, pero resulta suficientemente grande para que no se tropiecen nunca dos personas cuando una hace la vida de mujer abandonada, visitando más las iglesias que los teatros, y la otra se agita en el mundo de noche y vuelve a casa todos los días a la hora en que el frac arrugado y la pechera abombada se impregnan del polvo que levantan los barrenderos y del humo de las buñolerías.

Se casaron muy jóvenes, casi unos niños, y los rivisteros mundanos hablaron mucho de aquella hermosa pareja que todo lo tenían para ser felices: ricos y casi sin familia. Primero, los arrebatos de pasión: una dicha que, encontrando estrecho el elegante nido de los recién casados, paseaba su insolencia feliz por los salones, para dar envidia al mundo; después, la monotonía, el cansancio, la separación lenta e insensible, sin dejar por eso de amarse; a él le atraían sus amistades de soltero, y ella protestaba, con escenas y choques que hacían odiosa para Luis la vida conyugal. Ernestina quiso vengarse haciendo sentir celos a su marido; se entregó con entusiasmo a tan peligroso juego y tuvo sus coqueteos comprometedores con cierto *attaché* de legación americana, que hasta alcanzaron visos de infidelidad.

Bien sabía Luis que la cosa no tenía malicia, pero ¡qué demonio! él no servía para casado, le abrumaba aquella vida, y aprovechó la ocasión, tomando el asunto en serio. Con el americano se arregló, propinándole

una estocada leve; ¡pobre muchacho!, ¡qué gran servicio le había prestado sin saberlo!, y de Ernestina se separó sin escándalo, sin intervenciones judiciales. Ella con sus parientes, con quien le diese la gana, y él otra vez a su cuarto de soltero, como si nada hubiese pasado y sus dos años de matrimonio fuesen un largo viaje por el país de las quimeras.

Ernestina no se resignaba, y se revolvió queriendo volver a él. Le amaba de veras; lo pasado eran niñasdas, ligerezas; pero aun cuando esto halagaba a Luis, provocaba su indignación, como una amenaza a su libertad milagrosamente recobrada. Por esto oponía la más terminante negativa a los señores respetables, antiguos amigos de la familia, que su mujer le enviaba como embajadores; ella misma fué varias veces a la casa, sin conseguir que le franqueasen la puerta; y tan tenaz era la resistencia de Luis, que hasta dejó de asistir a ciertas reuniones, adivinando que allí protegían a su esposa, y algún día procurarían que se encontrasen "casualmente".

¡Bueno era él para ablandarse! Era un marido ultrajado, y ciertas cosas ¡vive Dios! nunca se olvidan.

Pero su conciencia de buen muchacho le replicaba con dureza:

—Tú eres un pillo, que finges ultrajes por conservar tu libertad. Te presentas como marido infeliz para seguir soltero, haciendo infelices de veras a otros maridos. Te conozco, egoísta.

Y la conciencia no se engañaba. Sus cinco años de emancipación habían sido para él muy alegres; sonreía recordando sus éxitos, y ahora mismo pensaba con fatuidad en aquella desconocida que le aguardaba: alguna mujer que le habría conocido en los salones y

tenía interés en rodear de misterio su pasión. Ella había tomado la iniciativa en una carta insinuante; después mediaron preguntas y respuestas en las planas de anuncios de los periódicos ilustrados, y por fin aquella cita, a la que acudía Luis con la ansiedad que despierta lo desconocido.

El carruaje se detuvo ante San Antonio de la Florida. Bajó Luis, haciendo señas a su cochero de que esperase. Había entrado a su servicio cuando él vivía aún con Ernestina; era el eterno testigo de sus aventuras; le seguía, fiel y obediente, en todas las correrías de su "viudez", pero pensaba con envidia en los pasados tiempos, deseando trasnochar menos.

Buena mañana de primavera; la gente alegre gritaba en los merenderos; pasaban por entre la arboleda, rápidos como pájaros de colores, los encorvados ciclistas con sus camisetas rayadas; por la parte del río sonaban cornetas; y sobre el follaje, enjambres de insectos, ebrios de luz, moscardoneaban brillando como chispas de oro. Luis, influido por el sitio, pensaba en Goya y en las duquesas graciosas y atrevidas que, vestidas de majas, venían a sentarse bajo aquellos árboles, con sus galanes de capa de grana y sombrero de medio queso. ¡Aquéllos eran buenos tiempos!

Las toses insistentes y maliciosas de su cochero le avisaron. Una señora bajaba del tranvía y se dirigía al encuentro de Luis. Vestía de negro y el velillo del sombrero cubría su cara. Esbelta y de gracioso andar, sus caderas movíanse con armónica cadencia, y a cada paso resonaba el fru-fru de la fina ropa interior.

Luis percibía el mismo perfume de la carta que guardaba en su bolsillo. Sí; era "ella". Pero cuando estuvo

a pocos pasos, el movimiento de sorpresa de su cochero le avisó antes que su vista.

—¡Ernestina!

Creyó en una traición. Alguien había avisado a su mujer. ¡Qué situación tan ridícula!... ¡Y la otra que iba a llegar!

—¿A qué vienes?... ¿Qué buscas?

—Vengo a cumplir mi promesa. Te cité a las diez, y aquí estoy.

Y Ernestina añadió con triste sonrisa:

—A ti, Luis, para verte hay que apelar a estrategias que repugnan a una mujer honrada.

¡Cristo! ¡Y para tener este encuentro desagradable había salido de casa tan temprano! ¡Citado por su propia mujer! ¡Cómo reirían los amigos del Casino al saber aquello!

Dos lavanderas se pararon en el camino a corta distancia, con pretexto de descansar, sentándose sobre sus talegos de ropa. Querían oír algo de lo que se decían aquellos señoritos.

—¡Sube, sube!...—dijo Luis a su esposa con acento imperioso.

Le irritaba lo ridículo de la escena.

El coche emprendió la marcha carretera de El Pardo arriba, y los esposos, con la cabeza reclinada en el paño azul de la tendida capota, se espiaban sin mirarse, como abrumados por la situación, y sin atreverse ninguno de los dos a ser el primero en hablar.

Ella comenzó. ¡Ah, la maldita! Era un muchacho con faldas; siempre lo había dicho Luis; por esto la huía, teniéndola mucho miedo; porque, a pesar de su dulzura de gatita cariñosa y sumisa, acababa siempre

por imponer su voluntad. ¡Señor, y qué educación dan en esos colegios franceses!

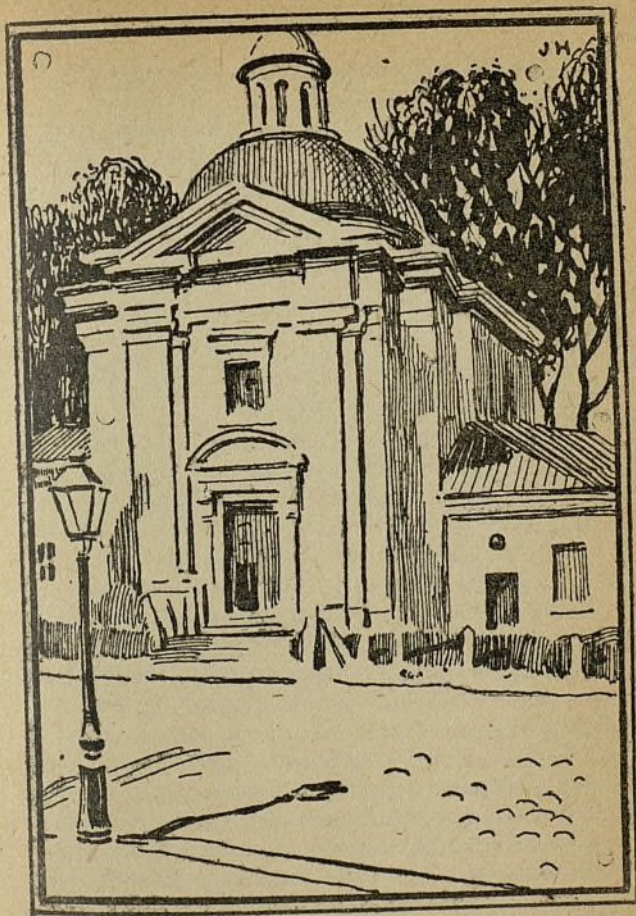
—Mira, Luis... pocas palabras. Te quiero, y vengo decidida a todo. Eres mi marido, y contigo debo vivir. Trátame como quieras; pégame... te querré como esas mujeres que admiten los golpes como prueba de cariño. Lo que te digo es que eres mío y no te suelto. Olvidemos lo pasado y aún podemos ser felices. Luis, Luis mío, ¿qué mujer puede quererte como la tuya?

¡Vaya un modo de entrar en materia! El quería callar, mostrarse altivo y desdeñoso, fatigarla con su frialdad, para que le dejara tranquilo; pero aquellas palabras le pusieron fuera de sí.

¿Volver a unirse? ¡En seguida! ¿Acaso estaba loco? ¡Ah, señora! Olvida usted sin duda que hay cosas que jamás se perdonan; cosas... En fin, que quien bien está, que no se mueva. Ellos no servían para casado, "no congeniaban"; bastaba recordar el infierno en que se desarrollaron sus últimos meses de matrimonio. El se encontraba bien; a ella no le probaba mal la separación, pues estaba más hermosa que antes—palabra de honor, señora—, y sería una locura deshacer por tonterías lo que el tiempo había hecho sabiamente.

Pero ni el ceremonioso "usted" ni las razones de Luis convencían a la "señora". Ella no podía seguir así. Ocupaba en la sociedad una posición muy equívoca; casi la igualaban con mujeres infieles; era objeto de declaraciones y asiduidades que la sublevaban; creíanla una joven alegre y fácil, sin cariño ni familia; iba de una parte a otra, como el Judío Errante. Di, Luis, ¿es esto vivir?

Pero como a Luis le habían dicho esto mismo todos los que fueron a hablarle en favor de Ernestina, le es-



Ante San Antonio de la Florida.

cuchaba como quien oye una música antigua y empa-
lagosa.

Vuelto casi de espaldas a su mujer, miraba el cami-
no, los Viveros, bajo cuyas arboledas bullía una ale-
gre multitud. Los pianos de manubrio lanzaban sus
chillonas notas, semejantes al parloteo de pájaros me-
cánicos. Valses y polcas formaban el acompañamiento
de aquella voz triste que dentro del carruaje relataba
sus desdichas. Luis pensaba que el sitio para el en-
cuentro había sido escogido con premeditación. Todo
hablaba allí del amor legítimo sometido a reglamen-
tación oficial. Aquí dos bodas; en el restorán de más
allá, otras; en último término, un cortejo nupcial za-
randeándose al compás de los pianos con la panza re-
pleta de peleón. Aquello repugnaba a Luis. ¡Todo Dios
se casaba!... ¡Qué brutos! ¡Cuánta gente inexperta
queda en el mundo!

Atrás se quedaron los Viveros con sus regocijadas
bodas; los vales sonaban lejanos, como vagos estre-
mecimientos del aire, y Ernestina seguía infatigable,
hablando cada vez más cerca del oído de su esposo.

Ella viviría tranquila, sin molestarle, si no existieran
los celos. Porque ella se sentía celosa. Sí, Luis; ríe
cuanto quieras; celosa desde hace un año, en vista de
sus amoríos y sus escándalos. Lo sabía todo: su vida
entre bastidores, sus apasionamientos momentáneos y
ruidosos por mujerzuelas que se le comían la fortuna;
hasta le habían dicho que tenía hijos. ¿Podía perma-
necer tranquila? ¿No debía defender la posesión de su
marido, que era lo único que tenía en el mundo?

Luis ya no estaba de espaldas, sino de frente, so-
berbio y magnífico. ¡Ah, señora! ¡Y cuán mal le aconse-
jaban sus amigos! El hacía su santa voluntad, ¿esta-

mos? No tenía que dar cuentas a nadie, pues de darlas, también tendría que exigírselas a ella, y... ¡recuerde usted, señora! Piense si siempre ha sido fiel a sus deberes.

Y mientras enumeraba sus desdichas, que en el fondo no le importaban un comino, y llamaba infidelidades a lo que fueron imprudentes coqueterías, todo con voz y ademanes que recordaban sus abonos en el Español y la Comedia, Luis iba fijándose en su mujer.

¡Qué hermosa estaba la indina! Ya no era aquella muchacha bonita, pero débil y delicada, que tenía horror al descote, no queriendo enseñar lo saliente de sus clavículas. Los cinco años de separación habían hecho de ella una mujer adorable, espléndida, con las redondeces, el color y la suavidad de un fruto de primavera. ¡Lástima que fuese su mujer! ¡Cómo debían desearla los que no estaban en el caso!

—Sí, señora; puedo hacer lo que guste y no tengo que dar cuenta de mis acciones... Además, cuando se tiene el corazón destrozado, hay que aturdirse, olvidar, y yo tengo derecho a todo... ¡a todo! ¿lo entiende usted? para olvidar que he sido muy desgraciado.

Le encantaban sus palabras, pero no pudo seguir. El sol metía sus rayos por debajo de la capota; el ambiente parecía impregnado de fuego, y el obligado contacto dentro del carruaje comenzaba a comunicarle el suave y voluptuoso calor de aquel cuerpo adorable... ¡Qué desgracia que aquella mujer tan hermosa fuese Ernestina!

Era una mujer nueva. Experimentaba junto a ella impresiones sólo sentidas en su época de noviazgo. Se veían aún en aquel vagón del expreso que años antes

los había llevado a París, ebrios de dicha y palpitantes de deseo.

Y ella, con aquella facilidad que siempre había tenido para leer sus pensamientos, se aproximaba a él, tierna y sumisa como una víctima, pidiendo el martirio a cambio de un poco de cariño, arrepintiéndose de sus pasadas ligerezas, propias de la inexperiencia, y acariciándolo con el perfume de su aliento, aquel mismo perfume de la carta, que, estremeciéndole, envolvía su cerebro en humareda embriagadora.

Luis huía de todo contacto; se recogía como doncella medrosica en su asiento. El recuerdo de los amigos era su única defensa. ¿Qué diría su amigo el marqués, un verdadero filósofo, que, contento con su libertad de marido divorciado, saludaba a su mujer en la calle y besaba a los niños nacidos mucho después de la separación? Aquél era un hombre. Había que terminar una escena que juzgaba ridícula.

—No, Ernestina—dijo por fin, tuteando a su mujer—. Nunca nos uniremos. Te conozco: todas sois iguales. Es mentira lo que dices. Sigue tu camino, como si no nos conociéramos...

Pero no pudo continuar. Su mujer le volvía ahora la espalda. Lloraba descansando la cabeza en el respaldo del asiento, y su enguantada mano introducía el pañuelo bajo el velillo para secarse las lágrimas.

Luego hizo un gesto de fastidio. ¡Lagrimitas a él!... Pero no; lloraba de veras, con toda su alma, con quejidos de angustia y estremecimientos nerviosos que conmovían todo su cuerpo.

Arrepentido de su brutalidad, dió orden al cochero de detener el carruaje. Estaba fuera de la Puerta de

Hierro; no pasaba nadie en aquel momento por el camino.

—Trae agua... cualquier cosa. La señorita está enferma.

Y mientras el cochero corría a un ventorro inmediato, Luis intentó tranquilizar a su mujer.

—Vamos Ernestina, serenidad. No es para tanto. Esto es ridículo. Pareces una niña.

Pero ella aún gemía cuando llegó el cochero con una botella llena de agua. En la precipitación había olvidado el vaso.

—No importa, bebe.

Ernestina cogió la botella y se levantó el velillo. Ahora la veía bien su marido. Nada de menurjes de tocador, como en los tiempos que frecuentaba el mundo; su cutis, tratado al agua fría, tenía una palidez fresca, de rosada transparencia.

Luis se fijó en aquellos labios adorables que se fruncían para ajustarse al cuello de la botella. Bebía con dificultad. Una gota se escapaba resbalando lentamente por la barbilla redonda y graciosa. Rodaba con pereza, enredándose en la imperceptible película de la epidermis. El la seguía con la vista, aproximándose cada vez más. ¡Iba a caer!... ¡Ya caía!

Pero no cayó, pues Luis, sin saber casi lo que hacía, la recogió en sus labios; se sintió cogido por los brazos de su mujer, que lanzaba un grito de sorpresa, de loco júbilo.

—Por fin... Luis mío... ¡Si yo ya lo decía! ¡Si eres muy bueno!

Y con la tranquila serenidad de los que no tienen por qué ocultar su amor, se besaron ruidosamente,

sin fijarse en el asombro de la mujer del ventorrillo que recogió la botella.

El cochero, sin aguardar órdenes, arreó los caballos camino de Madrid.

—Ya tenemos ama—murmuraba soltando latigazos a sus bestias—. A casa pronto, antes que el señorito se arrepienta.

El coche volaba por la carretera con la arrogancia de un carro triunfal, y en su interior, los dos esposos, agarrados del talle, mirábanse con pasión. El sombrero de Luis estaba a sus pies, y ella le acariciaba la cabeza, despeinándole: el juego favorito de su luna de miel.

Al pasar frente a San Antonio, Ernestina, reclinada en un hombro de su esposo, se incorporó.

—Mira: ése es quien ha hecho el milagro de unirnos. De soltera le rezaba pidiéndole un buen marido, y por segunda vez me protege dándome mi Luis.

—No, vida mía; el milagro lo has hecho tú con tu belleza.

Ernestina dudó algunos instantes, como si temiera hablar, y por fin dijo con maliciosa sonrisa:

—¡Ah, señor mío! No creas que me engañas. Lo que te vuelve a mí no es el amor tal como yo lo quiero; es eso que llaman mi belleza y los deseos que en ti despierta. Pero he aprendido bastante en estos años de consuelo y soledad. Ya verás, Luis mío. Seré muy buena; te querré mucho... Me tomas como una amante; pero con bondad y con cariño, yo he de conseguir que me adores como a esposa.

FIN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

- 1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
- 2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
- 3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
- 4 *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
- 5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
- 6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
- 7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
- 8 *¡Qué hombre tan simpático!* por Arniches, Paso y Estremera.
- 9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 10 *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
- 11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
- 12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
- 13 *La virtud sospechosa* (texto ord.), por J. Benavente.
- 14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
- 15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
- 16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavin.
- 17 *El marido de la estreña*, por Manuel Linares Rivas.
- 18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Zeza.
- 19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
- 20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
- 21 *Madame Butterfly*, por V. Gahrondo y E. Endériz.
- 22 *Colonía de Ulas*, por J. Fernández del Villar.
- 23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
- 24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
- 25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
- 26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavin.
- 27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
- 28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
- 29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
- 31 *La galana*, por Pilar Millán Astray.
- 32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
- 33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
- 34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
- 35 *Vida y dulzura*, por S. Eisenschol y G. M. Sierra.
- 36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abatl.
- 37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
- 38 *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
- 39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
- 40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
- 41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
- 42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
- 43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
- 44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
- 45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
- 46 *El bandido de la Sierra*, por Luis P. Ardavin.
- 47 *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
- 48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abatl.
- 49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El coñar de estreñuz*, por Jacinto Benavente.

51 *El hanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53 *Los intereses creados y La ciudad alegre y confiada* (extraord.^o), por Jacinto Benavente.

54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.

55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.

56 *Rosas de otoño y La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.

57 *La noche del sábado y La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.

58 *La comida de las fieras y Lo máshechores del bien* (extraord.^o), por J. Benavente.

59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.

60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.

61 *El azar*, por Federico Oliver.

62 *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.

63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.

64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.

65 *... Y después?*, por Felipe Sassone.

66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.

67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.

68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.

69 *El último mono*, por Carlos Arniches.

70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.

71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.

72 *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.

73 *La jaca torca*, por José Luis Mayral.

74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.

75 *Lirio entre espigas*, por Gregorio Martínez Sierra.

76 *Poca cosa es un hom-*

bre, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.

77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.

78 *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).

78 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.

80 *La dama del armíño*, por Luis Fernández Ardavin.

81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.

82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.

83 *La mala ley y Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.

84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavin.

85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.

86 *Todo tu amor. o Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.

87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.

88 *La mujer que necesito*, por Enrique Thuillier y S. López de la Hara.

89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.

90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavin.

91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.

92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.

93 *La neña*, por Federico Oliver.

94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.

95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.

97 *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.

98 *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.

99 *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.

100 *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101 *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavin.

- 102 *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
- 103 *Pimienta*, por José F. del Villar.
- 104 *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
- 105 *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
- 106 *El carro de la alegría*, por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.
- 107 *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
- 108 *El huésped del Sevillaño*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
- 109 *Campo de armijo*, por Jacinto Benavente.
- 110 *Dios dirá*, por J. y S. Alvarez Quintero.
- 111 *La juerga*, por Federico Oliver.
- 112 *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
- 113 *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
- 114 *A martillazos*, por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
- 115 *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
- 116 *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.
- 117 *Mamá*, por G. Martínez Sierra.
- 118 *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
- 119 *Las zarzas del camión*, por M. Linares Rivas.
- 120 *La niña de los sueños*, por José María Granada.
- 121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extraord.), por Jacinto Benavente.
- 122 *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavin.
- 123 *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
- 124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno*, por Carlos Arniches.
- 125 *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
- 126 *Solera fina*, por J. Abati y J. Pajardo.
- 127 *El celoso de arcilla*, por Luis Araquistáin.

128. *Contra gentio, corazon*, por Luis Uriarte.
- 129 *La Lola*, por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).
- 130 *Paloma*, por Felipe Sassone.
- 131 *El doctor Frégoli*, por Erckmann, versión castellana de Azorín.
- 132 *Catalina María Márquez*, por Francisco de Vlu.
- 133 *Un caballero español*, por L. Manzano y M. de Góngora (extraordinario).
- 134 *Los hijos de trapa*, por Emilio Méndez de la Torre.
- 135 *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
- 136 *La eterna invitada*, por J. I. L. de Tena y M. de la Cuesta.
- 137 *Brandý, mucho Brandý*, por Azorín.
- 138 *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
- 139 *La muerte del dragón*, por P. Muñoz Seca.
- 140 *La boda de Quintita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 141 *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta.
- 142 *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
- 143 *Los marineros*, por E. Suárez de Deza.
- 144 *Atré de fuera*, por Linares Rivas.
- 145 *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
- 146 *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
- 147 *Maitena*, por Etienne Decrest.
- 148 *Old Spain*, por Azorín.
- 149 *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de Hamlet), por Fernando de la Milla.
- 150 *La chloa del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
- 151 *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
- 152 *La vida sigue*, por Felipe Sassone.

- 153 *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
- 154 *Cabrila que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 155 *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
- 156 *La ilustre fregona*, por Diego San José.
- 157 *Comedia del arte*, por "Azorín".
- 158 *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
- 159 *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
- 160 *Los salvajes*, por Alberto Ghirardo.
- 161 *Los pastores*, por G. Martínez Sierra.
- 162 *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
- 163 *Martierra*, por A. Hernández Catá.
- 164 *En cuarto creciente y El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
- 165 *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
- 166 *El clamor*, por P. Muñoz Seca y "Azorín".
- 167 *Don Luis Mejía*, por Eduardo Marquina y A. Hernández Catá.
- 168 *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
- 169 *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
- 170 *El Rodeo*, por Luis Araquistain.
- 171 *Lo invisible*, por "Azorín".
- 172 *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
- 173 *Cándida*, por G. Bernard-Shaw.
- 174 *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
- 175 *Gente conocida*, por Jacinto Benavente (extra.).
- 176 *Boy*, por M. Linares Rivas.
- 177 *"Parodi y Compañía"*, por Sabatino López.
- 178 *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
- 179 *La picara mollneta*, por A. Asenjo y Torres del Alamo.
- 180 *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
- 181 *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
- 182 *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
- 183 *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
- 184 *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
- 185 *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
- 186 *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
- 187 *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
- 188 *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
- 189 *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
- 190 *Las Verónicas*, por P. Muñoz Seca y P. Pérez. Fern., etcz.
- 191 *Nobleza baturra*, por Jacinto Dicenta (hijo).
- 192 *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
- 193 *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
- 194 *El mismo amor*, por M. Linares Rivas.
- 195 *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
- 196 *Ternura*, por Henri Bataille.
- 197 *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
- 198 *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
- 199 *El Alcázar de las Perlas*, por Francisco Villalpessa.
- 200 *La ermita, la fuente y el río*, por Eduardo Marquina (extraordinario).
- 201 *Cuando ellas quieren y Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
- 202 *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
- 203 *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.

204. *Los sacherros*, por Jacinto Benavente.

205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.

206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.

207. *Bolívar*, por Francisco Villaspesa.

208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.

209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.

210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.

211. *La gitanilla*, por Diego San José.

212. *El amor no se rie*, por Felipe Sassone.

213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.

214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.

215. *La Inmaculada de los*

Dolores, por Jacinto Benavente.

216. *El castillo de los uniformes*, por J. Muñoz Seca.

217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.

218. *Por qué yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.

219. *Píptola*, por S. y J. Alvarez Quintero.

220. *Lo pasado, o concluido o guardado*, por M. Linares Rivas.

221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaspesa.

222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.

223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.

224. *Vidas cruzadas*, por Jacinto Benavente (extraordinario).

El Cuento Azul

EJEMPLAR: 40 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-America		Otros países	
Año.....	Pesetas 20	Año.....	Pesetas 34
Semestre...	» 10	Semestre...	» 20
Trimestre ..	» 5	Trimestre ..	» 10

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.